

OTRAS VOCES



FARE CASINO

JUAN DIEGO MADUÑO

Juan Carlos I, traición y ruptura

Juan Carlos I confiesa un dinero y regulariza un delito en un momento crucial para la supervivencia de la literatura del 78. Liquidar el legado de la reconciliación es el objetivo de los sicarios periféricos que Pedro Sánchez aparenta controlar con el reparto de las so-

bras de poder. El rey viejo les da una excusa para intensificar el acoso, la asistencia es milimétrica, lanzadas las hienas desde el portaviones que fondea el PSOE en las aguas más cercanas a las playas del sistema. Juan Carlos I no pide auxilio sino que señala el lugar exacto al que debe lanzarse la dentellada. Cuatro décadas después de su gran momento, el tótem de los años chisporroteantes, el puente de la Transición, aclara en un comunicado su disposición a colaborar con la Fiscalía. La frase lleva impregnado el olor de los traidores. Parece el topo de la operación de Pablo Iglesias, que diseña la voladura del régimen sólo por la vanidad de adjudicarse la autoría de la reconstrucción.

Al presidente del Gobierno esta situación le encaja. Fingir se le da demasiado bien como

para desaprovechar su gran talento de mentiroso. Su lealtad institucional al abordar el asunto marca la profundidad de la fosa cavada para enterrar la Monarquía, comprometida por la palabras tranquilizadoras que construyen al momento una hemeroteca sospechosa. La última conexión de Pedro Sánchez con el PSOE de antes es esta reivindicación de la corona como piedra angular del presente. Felipe VI debería estar preocupado. Sánchez lo separa del padre, una ruptura que evidencia la fragilidad de la institución. Los reyes no dejan más herencia que la sucesión, la única forma de mantenerse indelebles. Cada reinado es una preparación del siguiente. Al romper la cadena de continuidad, Pedro Sánchez no retira a Juan Carlos. Aísla a Felipe VI, convirtiéndolo en algo parecido a un candidato a

las primarias de la jefatura del Estado. Un espontáneo desheredado y sin armazón legal para su dinastía con el que poder disputarse la última vitrina del poder en España.

Don Juan Carlos tendrá un obituario con membrete de la Agencia Tributaria. Debería haber muerto: quedó demostrado que abdicar no fue suficiente. A la hora de invocarlos, los símbolos que podrían espantar los fantasmas del revanchismo son más eficaces si están enterrados que de citas con Hacienda. La quiebra del pasado es obscena: el rey viejo utilizó el optimismo de los 90 como tapadera. Cela dijo del monarca tunante que era «el arquetipo del español», sin especificar qué español. Pablo Iglesias no lo va tener nunca más cerca ante un rey nuevo, acomplejado, frío, callado y domesticado que además está a la intemperie.

A FONDO | PENSAMIENTO 'Memorias de luz y niebla', el texto autobiográfico que acaba de publicar Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, sirve al autor para reflexionar sobre un tiempo de la historia de España y la vida de los que la 'hicieron'.

España inteligible

ANTONIO LÓPEZ VEGA

PARA ESCUCHAR música contemporánea, donde la experimentación reduce el lenguaje musical a su forma más elemental –los doce semitonos que conforman una octava completa– y en la que prima lo estructural y matemático sobre lo melódico –Arnold Schönberg y Alban Berg, entre otros–, es necesario saber leer música. Así pasa también con la historia donde, para comprender «el sistema vital» que compone cada tiempo, su cultura –por decirlo con Ortega y Gasset–, es necesario ahondar en la vida de aquellos que la hicieron y la entretijeron.

En las *Memorias de luz y niebla* que nos acaba de brindar Gregorio Marañón y Bertrán de Lis se abre paso el relato de una vida en la que la feliz conjugación de los ingredientes orteguianos de toda biografía –vocación, circunstancia y azar–, permiten al lector com-

El texto de Marañón permite al lector comprender 'desde dentro' pasajes esenciales de nuestra historia reciente

prender «desde dentro» muchos de los pasajes y paisajes esenciales de nuestra historia más reciente.

Hombre de fe, su compromiso solidario con los más desfavorecidos se yergue como parteaguas en su itinerario vital su experiencia en Huéscar –sierra de Granada–, durante su etapa universitaria. Junto a su abuelo Marañón, de quien heredó el talante liberal y progresista, destacan como decisivas las influencias que recibió en su modo de comprender su proyección vital las personalidades de Juan Lladó y Jesús Polanco. Las páginas que dedica a ambos y a su paso por el Banco Urquijo y Prisa son enjundiosas y reveladoras de claves esenciales sobre cómo se preparó y se construyó –respectivamente–

la Transición a la democracia. Del primero sobresale su labor como «faro de liberalismo y mecenazgo cultural» durante la dictadura –con contribuciones decisivas como el apoyo a la *Sociedad de Estudios y Publicaciones* o las alianzas en favor de viajes de ampliación de estudios que estableció con prestigiosas instituciones académicas como St. Antony's College de Oxford o el Colegio de Europa en Brujas–. Del segundo describe minuciosamente su colaboración en el nacimiento, desarrollo y éxito de *holding* de comunicación junto a Jesús Polanco, y relata con precisión taquigráfica el inmerecido final que tuvo.

Marañón ha sido también clave de bóveda en el universo de la gestión cultural de nuestro país. Su intervención ha sido esencial en el devenir de instituciones como la Fundación Ortega-Marañón y el último nacimiento de la *Revista de Occidente* –a punto de cumplir su centenario–, el Teatro de la Abadía tan vinculado a José Luis Gómez, la Real Fábrica de Tapices o la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando –de la que es miembro numerario desde 2004–. Imprescindible, en este sentido, es su convicción y liderazgo en la necesaria despolitización del Teatro Real y en el proyecto gerencial y artístico que han hecho del Coso madrileño referencia internacional. Aquí, las páginas que describen sus encuentros –y desencuentros– con directores, artistas y personalidades del mundo de la música harán las delicias de los más melómanos –con el decisivo protagonismo de Gerard Mortier y su proyecto y la profesionalidad e inteligencia de Joan Matabosch–.

SOBRESALE, IGUALMENTE, su simbiosis con la ciudad de Toledo, escogida por el propio Marañón como lugar de arraigo y «paisaje prometido» –otra vez con Ortega–, por cuanto significa también el Cigarral de Menores en su biografía emocional. Su bella casa toledana deviene de manera permanente en estas memorias como lugar de peregrinaje de amigos y conocidos que encuentran allí la «intimidad Marañón», en el sentido más extenso de la expresión. Aparecen también, claro, los diferentes avatares que han jalonado su público y permanente compromiso con la preservación y proyección de la imagen de la ciudad de las Tres Culturas al mundo; su decisiva participación en la creación y devenir de la Real Fundación de Toledo –esencial en el cuidado del patrimonio toledano–, su lucha por la preservación de los restos de la capital visigoda de Hispania o su liderazgo en la conmemoración del IV Centenario del Greco.

Si en Ortega la categoría esencial de la historia es «la vida», en Zubiri lo esencial es

«la persona». Marañón reconoce como su mayor tesoro el legado de sus abuelos Marañón –significativas son las páginas que dedica a *Lolita* por cuanto su figura ha supuesto en la estirpe de los Marañón del último siglo–, la plenitud amorosa alcanzada con Pili Solís Martínez Campos, sus hijos –a quien dirige las memorias– y las peripecias compartidas con sus más íntimos amigos –él define la amistad como «volver a pasar por el corazón»–.

PARA CONOCER a una persona, según Max Scheler, hay que dar con su *ordo amoris*, su motor o pulsión vital. A lo largo de estas páginas, en Marañón emerge su capacidad para entusiasmarse con aventuras de todo orden y el haber sabido «sobreponerse a lo inesperado, sabiendo que, casi siempre, podemos transformar la adversidad en fortuna».

Con esos blasones, su vida sortea con éxito los borrascosos mundos del poder político, económico y cultural, desde la oposición democrática clandestina hasta la deteriorada situación política, económica e institucional que atravesamos actualmente y en la que Marañón nos ofrece unas esclarecedoras páginas sobre lo más grave: la cuestión catalana.

Con un ritmo envolvente y trepidante –no en vano Marañón ha recibido, entre otras muchas distinciones, el premio Mariano de Cavia de periodismo–, en el acompañamiento a su viaje a Ítaca al que nos invita el autor –escrupulosamente anotado en cuanto se refiere a fechas y personas–, Marañón ofrece un vibrante recorrido por la historia y los entresijos de nuestro tiempo.

Inundatorio sería enumerar aquí a los que aparecen en estas memorias con distinta fortuna, como es normal en toda autobiografía. Con penetración psicológica excepcional, resulta estupefaciente la audacia con que Marañón radiografía las personalidades de todo que entonces ganaron, primero, la democracia y, después, modernizaron el país, superando el lastre secular del subdesarrollo político y económico. Se yergue así ante el lector los cuadros de hombres y mujeres –un auténtico quién es quién– de cuántos han conformado diferentes variables esenciales de nuestro tiempo, las claves que hacen, por decirlo con Julián Marías, nuestra *España inteligible*.

Antonio López Vega es director del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset (UCM).

La vida de Marañón sortea con éxito los borrascosos mundos del poder político, económico y cultural